

Pedro Lastra,
CUADERNO DE LA DOBLE VIDA
(Santiago de Chile: Ediciones del Camaleón, 1984).

Este nuevo libro de Pedro Lastra —o metamórfica versión de los otros precedentes— invoca el nombre para nada casual de José Santos González Vera: recordamos que éste solía imprimir en las nuevas ediciones de sus libros la sigla “corregida y disminuida” para referirse a un necesario proceso de clarificación/purificación/decantación de lo literario y su producto tangible. Naturalmente no se trata aquí de sólo el proceso señalado por el viejo maestro de nuestras letras, sino tal vez de otra, mucho más misteriosa y sutil transformación, isomería, tautomería y también taumaturgia, a la cual Lastra nos lleva con su palabra transida de “pasión intransigente por esa vigilancia [de la palabra] que es nuestro aprendizaje sin término”.

Así ha construido sus libros Pedro Lastra, en un trabajo que tiene algo de la propuesta de un nuevo modo de concebir la poesía, que él asume y encarna como un fenómeno —o producto huidobriano— equidistante entre lector y texto. Pedro Lastra, en su propio prólogo a la primera edición de *Noticias del extranjero* nos advierte respecto de ese sentimiento de equi/distancia que —a diferencia del concepto fánico de la idea de Todorov sobre la relación lector-texto— describe o se instaura en la vivencia ontológica de “la pasión del poema” cuando su lectura ocurre “en un punto equidistante entre el momento original (la escritura y la voz) y mi propio momento: *Entonces esa palabra es mía: en ella me hago transparente y me veo como nunca me vería si no la conociera*” (subrayado nuestro).

Sólo cuando se ha pasado la barrera del sonido, hacia el abismo interiorizado de lo sonoro, sólo cuando la palabra se ha incinerado a sí misma hasta perder todo menos su fuerza elemental, demoledora, sólo entonces se puede apreciar y medir la verdadera estatura de la poesía de Pedro Lastra. Ese “aprendizaje sin término” no es un don ni una adquisición cultural gratuita: hay que subirse primero al Tren Fantasma del *Coney Island of Mind*, y viajar en el zarandeado vehículo o *velivolo* —o acaso *plus que lente*, inmóvil, y hasta de movimiento negativo, hacia dimensiones que ni soñó el Capitán Kirk— hacia dentro de un espejo cóncavo y convexo al mismo tiempo, un *black hole* del logos, o el punto donde las entropías se anulan. Es difícil reconocer en estos textos otro espacio literario que esa región más que transparente donde se produce/genera/extingue la decantación del verbo y de esa palabra finalmente “suya”.

Sin embargo, anotamos como un *locus* posible, aquél de las historias infantiles y sus personajes reescritos y refundados por el poeta en ese estado final de la palabra encontrada dentro de las dimensiones del espejo textual; también, ahora, el de la crónica (Alvar Núñez) colonial perseguida con la distancia de la ironía. Un tiempo estudiado con pasión por Pedro Lastra, encuentra aquí su camino a través de la contemporaneidad intemporal del texto “suyo”.

Así, *Cuaderno de la doble vida* nos parece una sorprendente “criatura” en la fenomenología lastriana —el otro, el mismo— partenogenética en lo suyo, propuesta intermedia entre las precedentes, nacidas ya en los años 50 —como apunta Enrique Lihn en el prólogo— y las venideras. Libro caleidoscopio/crisálida/Mandala de escrituras polivalentes, su misma factura nos sugiere esa condición de inflorescencia textual propia de una propuesta no lineal, sino cíclica, o autorreferencial en un proceso lingüístico que tiende menos a la Torre de Babel que a la Isla del Silencio,

donde la poesía es la coronación de sí misma a través de un proceso de negación y de paradoja; *Cuaderno de la doble vida* es un libro que se desflora, se abre y exhibe entrañas de palabras y dibujos —las ilustraciones mágicas de Mónica Lihn— a su vez, elementales y simbólicos como signos de tarot. Así en las sucesivas formas del libro (*Noticias del extranjero I y II* y luego en *Cuaderno de la doble vida*) muchos textos desaparecen, la secuencia se reordena, y otros textos nuevos emergen, como brotes de la inflorescencia que a su vez, posiblemente entrarán a la sombra, se sumergirán en el futuro.

Sin posturas piafantes —expresión fuerte, pero feliz, de Waldo Rojas refiriéndose a la actitud estética del gran Montale— Pedro Lastra nos propone más bien o mejor un *poetoscopio* que es más revolucionario que la saga —a veces etérea, a veces etílica, muchas veces sólo biliosa o calcárea— del *poemario* tradicional, bendecido en Cátedras y Ateneos donde, ay, no todos se arrastraron como un herido a bala.

HERNÁN CASTELLANO-GIRÓN
Wayne State University
Detroit, Michigan.